



CONSTRUCCIÓN AUTOBIOGRÁFICA
EN LOS ESCRITOS
DE BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO
(1776-1852)

Miguel Ángel LAMA
Universidad de Extremadura (España)
malama@unex.es

Recibido: 25 de enero de 2024
Aceptado: 27 de febrero de 2024
<https://doi.org/10.14603/11H2024>

RESUMEN:

Este ensayo revisa los escritos del gran erudito extremeño Bartolomé José Gallardo (1776-1852) que pueden servir para la construcción de su propia imagen como autor. En su ingente producción — desde la más personal, como sus cartas, hasta la más pública de sus textos de polémica y de erudición— pueden leerse confesiones de índole personal sobre su condición de escritor y de ciudadano liberal, de apasionado de los libros y de lector voraz, que nos ayudan a aproximarnos a una imagen propia bastante completa de quien fue.

PALABRAS CLAVE:

Bartolomé José Gallardo, construcción autobiográfica, siglo XIX, polémicas.

ARTENUEVO

Revista de Estudios Áureos

Número 11 (2024) / ISSN: 2297-2692

unhe
UNIVERSITÉ DE
NEUCHÂTEL

Institut de langues et
littératures hispaniques

AUTOBIOGRAPHICAL CONSTRUCTION
IN THE WRITINGS
OF BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO (1776-1852)

ABSTRACT:

This essay reviews the writings of the great Extremaduran scholar Bartolomé José Gallardo (1776-1852) that can serve to build his own image as an author. In his enormous production —from the most personal, like his letters, to the most public of his polemical and erudition texts— one can read confessions of a personal nature about his status as a writer and a liberal citizen, a lover of books and a voracious reader, that help us approach a fairly complete self-image of who he was.

KEYWORDS:

Bartolomé José Gallardo, Autobiographical Construction, Nineteenth Century, Polemics.



I

No sobraría que recuerde lo que algunos autores notables escribieron sobre el polígrafo extremeño Bartolomé José Gallardo, nacido en Campanario (Badajoz) en 1776 y muerto en Alcoy (Alicante) en 1852, en un arco temporal especialmente significativo en la historia literaria española de finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, desde el reinado de Carlos III hasta el principio del de Isabel II, un período para el que *Ilustración, invasión y guerra, absolutismo, exilio o liberalismo* son términos de un peso histórico impresionante. No sobraría, insisto, que recuerde la enumeración de aptitudes e intereses que expuso Juan Manuel Rozas en un trabajo poco citado en el que comparó a Gallardo con Leonardo por su curiosidad por todas las ciencias humanas:

latinista, ortógrafo, fonetista, metricista, gramático, lexicógrafo, parmiologista, filólogo, filósofo del lenguaje, editor de textos, historiador de la literatura, experto en pintura, dominador de todos los géneros literarios, pues estudia desde la oratoria sagrada a la novela. Es uno de nuestros primeros medievalistas, consumado cervantista, sumo conocedor del Siglo de Oro, sobre todo de nuestra poesía y de nuestro teatro. Al mismo tiempo, es temible polemista, escritor satírico, discreto poeta, agudo corresponsal, antólogo sensible, y un fino ensayista con un lenguaje propio. Y en la base de todo esto: su bibliofilia. (Rozas, 1983: 26-27)

Prolongaba Rozas la atención que otras personalidades le dedicaron, principalmente en el siglo XX, como Pedro Sainz Rodríguez, que escribió al frente de su pionera edición de las *Obras escogidas* de Gallardo:

Son muchos los que han hecho notar la desproporción entre la fama y las pretensiones de Gallardo y el volumen realizado de su obra. Esto, a primera vista, es innegable, pero aquellos que hemos manejado el acervo inmenso de las papeletas, copias, extractos y anotaciones que *todavía* se conservan inéditos de D. Bartolomé, podemos afirmar que su actividad

bibliográfica no ha sido superada por nadie en España, y llega a presentar los caracteres fabulosos que rodean con la aureola de la leyenda los nombres de Magliabechi y de otros grandes bibliófilos y bibliógrafos europeos. (Sainz Rodríguez, 1928: VIII)

Otra de las figuras más eminentes de la erudición filológica española del pasado siglo, Antonio Rodríguez-Moñino, se sumó a la impagable tarea de restitución y reivindicación del nombre de Bartolomé José Gallardo:

La posteridad española fue injusta con él, y no sabiendo entender su rectitud, su hombría de bien y su adhesión firmísima a sus ideas, le caricaturizó y le injurió cruelmente: tan bestial es la incomprensión que tachó de bibliopirata a quien fue la generosidad misma, de duro y seco al hombre más apasionado de la amistad que hubo y de perezoso y sin obras al que incesantemente trabajó por la gloria de las letras españolas. (Rodríguez-Moñino, 1955: 10)

Una defensa inapelable la de Moñino justificada por la condición de *auctor damnatus* (Vega, 2019) de un Bartolomé José Gallardo cuyos escritos fueron rebatidos a porfía, perseguidos y destruidos, y que sufrió denuestos expresados en los medios de mayor inmediatez y difusión —tal el uso que actualmente se da a algunas redes sociales para zaherir a todo quisque—, como el cartel en medio pliego que fue pegado en las calles de Cádiz en abril de 1812 desafiándolo por el recién publicado *Diccionario crítico-burlesco* y en el que se vertían atroces dislates como estos:

...monstruo, abismo de los infiernos, peor que Mahoma, más taimado que los llamados reformadores, discípulo de la escuela de los abismos. [...] Este feísimo joven, aunque todos le llamen *Gallardo*, debe morir. Faltó á las leyes de la libertad, y de su criminalidad hago responsable á la nación si no se le aparta de la sociedad y le envía á los abismos infernales; merece la muerte, sí, y que se recojan todos los ejemplares y por cada uno que falte, sacarle vivo un pedazo de carne de su soez y podrido cuerpo. Debe morir, porque en Madrid fué un libertino y un escandaloso en materias de religión; debe morir, porque en Cádiz ha seguido el mismo

sistema; y porque una joven amiga suya llamada C... murió de repente (en mi vecindad), de resultas de una desazón que con él tuvo. (Sainz Rodríguez, 1986: 56)¹

Finalmente, como un «intelectual de primera, un político claro y un hombre de letras de amplias miras y extraordinaria proyección en los estudios filológicos, historiográficos y bibliográficos» lo calificaron Alberto Romero Ferrer y Yolanda Vallejo (2004: 289) en uno de los trabajos de un estimable estado de los estudios sobre la figura del extremeño en el último decenio del XX y los primeros años del siglo XXI, y en el que hay que mencionar los empeños de Pérez Vidal (1999, 2001 y 2009), las aportaciones incluidas en Sánchez Hita y Muñoz Sempere (2004), y, más recientemente, el amplio y bien informado estudio preliminar de Romero Ferrer y Muñoz Sempere en su importante edición del *Diccionario crítico-burlesco* (Gallardo, 2021).

Mi propósito no es insistir en la revalidación del autor del *Diccionario crítico-burlesco*, cuya importancia en la historia de la cultura española es palmaria, sino rastrear las señales que dejó en sus escritos de autorreferencia a su persona para llegar a un esbozo de construcción de una imagen autorial y biográfica; parcial, limitada, pero redundante en los rasgos más destacados de esa personalidad literaria, es decir, el de amator apasionado de los libros, de lector riguroso, de librepensador de convicciones firmísimas, el de exquisito conocedor y practicante de la lengua, etc. Y como en «muy pocos escritores resulta tan difícil como en B. J. Gallardo separar su actividad literaria de su aventura biográfica» (Alborg, 1982: 105), será su escritura la fuente principal para proponer este retrato de autor *desde dentro*, desde la propia vivencia de quien declaró tempranamente el principal afán de su existencia: «yo en viendo un papel escrito no soy mío» (Rodríguez-Moñino, 1955: 21)². Un

¹ Sainz Rodríguez extracta el texto de «un pobre maniático, llamado D. Guillermo Atanasio Xaramillo»: *Verdadero desafío que para el 24 de este mes de Abril, á la una del día, frente á la parroquia de San Antonio, emplaza un Madrileño honrado al infame, libertino, hereje, apóstata y malditísimo Madrileño, el autor del libro intitulado recopilación de los pensamientos de todos los herejes, con aumentos considerables: DICCIONARIO BURLESCO. Cádiz: en la imprenta de D. José María Guerrero año de 1812. Se vende sólo por el coste.* (Sainz Rodríguez, 1986: 55). Mantengo la grafía original de los textos de época y, por su peculiaridad y su congruencia para el análisis de su autoproyección, la singular ortografía de Gallardo (Rubio Hernández, 1988).

² Lo escribe en *El Soplón del Diarista de Salamanca*, que Rodríguez Moñino (1955) fechó en 1798, y lo había reproducido también Sainz Rodríguez (1986: 194-196). Sobre este periódico, puede consultarse Jesús M^a García García (1991).

retrato que nos puede permitir ver la singularidad de un carácter heredero del espíritu ilustrado con un destacado protagonismo en los hechos históricos cruciales de la primera mitad del siglo XIX, y lo representativo de esta figura subrayada por Sainz Rodríguez en su presentación rehabilitadora:

La biografía de Gallardo es muy instructiva [...], por lo *representativa* que resulta y porque nos ofrece, además, una firme orientación personal, por desgracia muy infrecuente entonces, que le hizo ser liberal sin desnacionalizarse y casticista acérrimo y amante de nuestra cultura sin ser reaccionario. (Sainz Rodríguez, 1986: 7)

Entremos, pues, en esta breve muestra incitativa de construcción autobiográfica y autoproyección autorial.

II

Bartolomé José Gallardo escribió muchísimo, y, a pesar de los esfuerzos de los mencionados Sainz Rodríguez (1921) y Rodríguez-Moñino (1955) por dar el catálogo de sus obras, todavía queda mucho por sistematizar con estudios que exhumen textos no conocidos, confirmen atribuciones, editen y anoten bien lo que salió de su magín, o que filien y adscriban sus escritos a los muchos géneros que frecuentó. La prolijidad de la escritura gallardina conlleva un censo de nombres y de asuntos sobre los que se fijó que pocos parangones tiene en la historia del pensamiento y de la crítica literaria españoles desde el siglo XVIII. Sin embargo, al hilo de todos estos asedios a las fuentes de todo conocimiento, Gallardo, en esos mismos escritos y en diferentes registros —desde la sátira o la erudición hasta la escritura epistolar— fue esparciendo a manera de incisos o comentarios, confesiones de índole personal sobre su condición de bibliómano, de escritor o de ciudadano, en los que habló también mucho de sí mismo, hasta facilitarnos a los que nos aproximamos a su vasta producción una imagen propia bastante completa.

Uno de los textos en que con más firmeza y convicción alude Gallardo a su condición de lector, que es la base de su ser intelectual, se encuentra a la cabeza de uno de sus proyectos más emblemáticos, *El Criticón, papel volante de Literatura y Bellas-artes*, que comenzó a publicarse en 1835 hasta su suspensión un año después tras cinco números editados. En el «Prospecto» de su erudita revista y tras reflexionar sobre la libertad de imprenta —a la que se acogía «para imprimir de mi cuenta y riesgo en punto de Literatura y Bellas-artes todo cuanto me venga al majín respecto a escritos y Escritores» (Gallardo, 1835: VII)—, el bibliógrafo explicó cuáles serían las líneas principales de su *crítica* y cuál el principio rector de su modo de proceder en materia de lectura y de libros. Y comenzaré destacando esta declaración:

Como quiera, de lo que puede el respetable Público estar bien persuadido es, de que, mal que bien, siempre desempeñaré a lei mi oficio, trabajando [...] «en conciencia»: y de que mis críticas demostrarán que los Autores que critique, no los he leído a sobre peine, sino que les he desenhetrado la cabellera pelo a pelo, sin dejarles cañon sin carda. Yo no soi de aquellos lectores de volatería, que como pajaricos de rama en flor, saltan aquí y pican allí y sin hacer apenas mas que menear algunas hojas, se dejan al fin lo mejor del libro intacto. Cuando yo, puesto de codos, tomo un libro por mi cuenta, arde toda chamiza sin distincion de verde ni seco: tódo lo llevo abarrisco, sin dejar letra por leer: aprobaciones, tasa, fe de erratas, prólogo, dedicatoria, privilegio del Rei (si le hai); en fin yo me le leo y releo todo, desde la ante-portada hasta el laus-deo. (Gallardo, 1835: IX-X)³

Así pues, uno de los primeros trazos de este autorretrato incide en uno de los grandes méritos de Gallardo como bibliógrafo, que, al decir de Sainz Rodríguez (1986: 172),

³ El fragmento fue recogido por Ramírez de las Casas-Deza (1853: 178n) sin mencionar su procedencia, y así ha sido citado posteriormente en González Troyano (2004: 24) o González Martínez (2008: 758). Sin embargo, Artigas (1928: 649-650) lo había reproducido con la mención del prospecto de *El Criticón*.

no consiste solamente en la pasmosa actividad que le hizo ver y extractar más cantidad de manuscritos y libros que ningún erudito español de todos los tiempos, sino, sobre todo, en aquel tino maravilloso con que encuentra lo más interesante de la obra que tiene entre manos, sin que pase inadvertido a su inquisitiva mirada ni un detalle, por insignificante que sea. Un extracto minucioso hecho por Gallardo puede ahorrar la lectura del libro sin temor a que se haya pasado ningún aspecto o noticia de interés.

Parto, pues, de ese prospecto —en el que Gallardo dejó claro que «nunca he sido de los mas allegados a los que privan y mandan» (Gallardo, 1835: V)— para este recorrido parcial por algunos trozos que puedan propiciar la construcción de esta figura de autor de alguien que escribió tanto y de toda naturaleza —opúsculos, impugnaciones, cartas...—, y que contribuyó a ser biógrafo de sí mismo, además de verter interesantes consideraciones sobre la condición de escritor que él juzgaba inseparable de la de hombre en unas páginas rematadas por lo que Gallardo asumió como divisa personal:

Yo no quiero ser nada sin ser mío

Que es un verso de un poema de Luis de Ulloa Pereira dedicado al padre jesuita Hernando de Ávila que Gallardo pudo ver en la edición de los *Versos... sacados de algunos de sus borradores* (Ulloa, 1659: 73), y que tomó para sí como definición de su libertad individual y búsqueda de autenticidad en sus escritos con fidelidad a su personalidad, temperamento e ideales.

Una personalidad la de Gallardo en la acepción de época que él usó como diferencia individual que constituye la persona en ser de una manera, distinta de otra, y expresada conscientemente en algún comentario, como en el artículo que publicó en *El Restaurador* en enero de 1824 y que puede considerarse uno de sus autorretratos más completos, con motivo del desmentido de la noticia publicada por el periódico madrileño de que le habían hecho preso:

Mis tareas literarias, no me han dejado hazer cosa que pique en historia. Yo he servido a mi patria, sirviendo mi destino sin daño de nadie; i cumpliendo con mi obligazion, cumplía con mi gusto, gusto inozente, zifrado en el cultivo de la literatura. [...] En cuanto a mis opiniones, son las corrientes en toda la Europa culta. i ninguna tengo que no hayan profesado mis vgotudos abuelos los españoles de calzas atacadas, i que no pueda presentar elevada a lei entre tantas i tan justas leyes como ha borrado de nuestros venerables fueros la incuria i la lisonja. Mis opiniones son las mismas que tiene todo Español, todo Franzés, todo hombre enfin que no ha hecho renunzia del sentido comun, del testimonio de su conziencia, del honor i el ser de hombre. [...]

Pero como hai golpes dados por caranbola, si se enpeñan en que uno enturbia el agua, líbrenos Dios de una hora menguada, de un testigo falso, i otras mil plagas con que ziegos, mancos i estropeados ronpen cantones i canzeles de iglesia: sienpre es de temer... Hablemos claros: yo, aún llevando la cosa hasta el último cabo, no tengo que temer, porque no tengo que perder. Todo cuanto mio valía algo lo perdí en Sevilla: en Sevilla perdí todos mis trabajos literarios, perdí el fruto de 20 años de afan i vijilias, testimonio irrecusable de mi perseverante aplicazion a las letras: perdí la parte mas preziosa de la vida, la sobre-vida, la vida póstuma, la vida de la memoria honrosa a que aspiran los amantes del saber cuando enprenden obras que piden tantos años de tarea como ellos pueden contar de existencia. En unas horas perdí los años de muchas vidas, que sienpre se las promete felizes i largas, i tales se las antizipa en idëa el amor ziego de padre para los hijos del entendimiento.—Buen desengaño de la nonada de los bienes humanos!!!

[...] Ni poseo riquezas (gracias a la pícara fortunilla i a los chuscos de Triana) ni dejo enpleos: el que tenía sobre ser de la condizion de la rabia, que muere con el perro, tanpoco era mui llamativo ni por su ponpa ni por su sueldo. Buen cuidado me he tenido yo para vivir en paz de no provocar con él la envidia ajena, ni desmentir la moderazion de mis prinzipios, contento con la mediocridad de fortuna en que el zielo me crió, con la pension de haberla de sostener con mi sudor i honesto trabajo. (Rodríguez-Moñino, 1965: 246-247)

Sin duda, nos encontramos ante el hito más determinante y funesto en la construcción biográfica de nuestro personaje, que en los estudios gallardinos conocemos como *La de San Antonio de 1823*, y que don Antonio Rodríguez-Moñino

(1965) llevó al título de su excepcional libro *Historia de una infamia bibliográfica. La de San Antonio de 1823. Realidad y leyenda de lo sucedido con los libros y papeles de don Bartolomé José Gallardo*; libros y papeles que se perdieron en el saqueo popular que sufrieron los equipajes de los diputados y personal de las Cortes en el barco que los trasladaba desde Sevilla a Cádiz, tras la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis. Escribió Moñino, que pedía a sus lectores que calculasen, si eran aficionados a los libros, el inmenso dolor de Gallardo al ver destruidos sus trabajos:

Piénsese en que Gallardo tenía en 1823 cuarenta y cuatro años y de ellos sólo durante breves períodos gozó de tranquilidad y libertad para el estudio. Adquirida su base cultural en Salamanca, viene a Madrid en 1805; del 1808 al 1814 dura la Guerra de la Independencia; del 1814 al 1821, su destierro en Londres; el 1823 pierde sus papeles. (Rodríguez-Moñino, 1965: 27)

Ese hecho tremendo va a estar presente en muchas de las declaraciones sobre su propio existir y sentir, y que a partir de esa fecha fue haciendo Gallardo cuando la ocasión lo pedía, de tal manera que va a convertirse en un lugar común a su pesar, en un recuerdo imborrable hasta el final de sus días, pues, como dirá en 1851, en plena polémica con Adolfo de Castro a costa de *El buscapié*, «No quiero acordar-me de eso; porque de esas, i como esas cosas me han suzedido, i aun me están suzediendo, tantas i tantas, qe me van consumiendo la vida» (Gallardo, 1851: 61). Anteriormente, en un oficio dirigido al Bibliotecario de la Colombina Antonio María Araoz reclamándole un códice (el *Cancionero*) de Sebastián de Horozco, más de veinte años después del atroz episodio del Guadalquivir, recordó:

Hoi día de S. Antonio haze años q. el Populacho de Sevilla gritando ¡viva el Rei! robó á S. M. hasta su propio equipaje.

En los barcos q. iban los de la Real familia, iban también los efectos de las Cortes, y á vuelta de éstos, con los de la Biblioteca, Bibliotecario yo á la sazón, mis más preziosos libros y papeles, señaladamente los trabajos literarios de toda mi vida.

Todo lo perdí. De lo perdido parte fué barbaramente despedazado y roto; y tal cual cosa ha ido después deparándoseme por fortuna, ó

pareciendo á fuerza de las más esquisitas diligencias. De tódo obran hoi aquí algunos artículos curiosos en mi poder, los cuales me han sido devueltos por las personas á cuyas manos habían venido á dar. (Sainz Rodríguez, 1986: 239-240)⁴

Son autorreferencias a sus libros en cartas y otros escritos; lo que es lo mismo que decir a lo más íntimo de su ser, lo máspreciado. Algo que, sin duda, labró su personalidad madura.

De 1826 data uno de los escritos más técnicos de la obra erudita de Gallardo, un texto que vería la luz convertido en artículo-epístola veintidós años después, en la revista *Antología española*, con el título de *Del asonante, su naturaleza, y esquisito mecanismo; misterio ritmico, no penetrado por nadie, hasta qe lo descubrió el Autor de la siguiente carta* (Gallardo, 1848)⁵. A pesar de lo específico de este artículo, su historia textual demuestra, como ya señaló Moñino (1965: 44), el interés que sobre este asunto tenía Gallardo, pues está documentada una primera versión perdida en Sevilla, *Sobre el Asonante*, de 1809, y otra más que perdió en la de San Antonio, a las que aludió el propio Gallardo, proporcionándonos alguna nota sobre su formación académica y relacionando a su corresponsal las obras perdidas en el comentado episodio:

... las obras en qe me ocupo, reqieren ímprobo trabajo; i éste en el tiempo qe la persecuzion me dejó en Sevilla por mio, se me acrezentó con el empeño de sacar de la ponzoña triaca, convirtiendo mi destierro en viaje literario. Así es qe no dejaba perder chiripa de MS. ni libro raro ninguno, qe la dilijenzia, ó la ventura me deparaba, ni sacar-le bien el jugo para ir juntando nuevos materiales, con qe volver á levantar el edificio gigante de las obras qe los malos temporales me han echado á bajo.

[...]

Lo qe más en esto me lisonjea, es haber llegado á este descubrimiento mui a los principios de mis estudios filológicos: fortuna sin duda

⁴ De copias autógrafas de su propiedad transcribió Sainz Rodríguez este y otros oficios de Gallardo y de Araoz en respuesta al extremeño. También se refirió al oficio citado Manuel Cañete (1868: 15-16) de otra copia de su propiedad.

⁵ Reproducido también en Rodríguez-Moñino (1955: 208-223).

de haber desde luego acertado a tomar buen rumbo en mis investigaciones. Va para 30 años que esta doctrina anda por esos mundos en lenguas de mis amigos, desde Salamanca; i escrita de mi puño, rodando por Sevilla desde el año de 1809 que perdí allí mis primeros papeles: pero ¿en qué manos habrán estos caído, cuando todavía no la conoce el público? (Gallardo, 1848: 99 y 108)

Es una prueba de cómo también en los escritos de carácter más erudito y especializados, don Bartolomé volcó alusiones a su propio destino y condición, incluso a su estado de ánimo o a su intención, como apunta a manera de justificación de «esplícaciones familiares» ante su interlocutor en la carta:

He deszendido a esplícaciones tan familiares porque no quiero que en bien ni en mal se crea nada de mí en vano: aunque mas que todo he querido acreditar-me con V. adelantando-le testimonios de que estos puntos de erudizion (á vuelta de otros mas graves) han sido para mí objeto de particular afizion i estudio; (Gallardo, 1848: 108)

Más natural, si cabe decir, es la presencia de este modo de autorreferencia en un texto en defensa propia para un proceso que se le abrió en 1829, y del que han dado cuenta algunos estudiosos como Rodríguez-Moñino (1955) y Pérez Vidal (1999), y que se explica en el contexto del destierro del escritor a Castro del Río. Gallardo redactó unos apuntes bajo el título de «Desventuras de Gallardo en Castro del Río» en los que el propio autor se esconde bajo la tercera persona, subrogando su voz en la de su letrado defensor en el proceso referido⁶. Esta especie textual del *corpus* para la construcción autorial y biográfica de Gallardo es muy interesante para explicar este registro autobiográfico de los escritos gallardinos en tanto que autor en permanente alegato frente a los agravios de otros.

⁶ Pérez Vidal (1999: 329, n. 29) da noticia de una transcripción mecanografiada de esos apuntes que figuraba entre los papeles gallardinos de Rodríguez-Moñino, dispuesta para una futura publicación, y se reafirma en la autoría del propio Gallardo por la carta que escribe el 5 de febrero de 1830 diciendo a Peña Aguayo: «Por lo que pueda conducir adelante a V. el papelón adjunto, que borrajé de abundancia para alegar de bien probado, con objeto de que mi nuevo defensor aquí tuviese materiales, labrados i mas que suficientes para tomar y dejar» (Rodríguez-Moñino, 1955: 288).

Por su lado, el copioso epistolario conocido de Bartolomé J. Gallardo —que dijo ser más celoso de su honrilla literaria que cuidadoso de su hacienda (Gallardo, 1812: 7)— es otro de los veneros riquísimos que nos ayuda a reconstruir la personalidad del autor, pues nos depara jugosas autoconsideraciones sobre el sujeto literario y su propia visión como autor. En esta ocasión, solo propondré alguna cala para enfatizar sobre la importancia que tendría abordar el estudio, desde muy diversas perspectivas, del cuantioso corpus de cartas del escritor de Campanario, y para el que, como ocurre en otras facetas de tan inmensa obra, hay que tener en cuenta nuevas peculiaridades y excepciones. Por ejemplo, la escritura no pública que desarrolla Gallardo en sus epístolas pudo tener un correlato en unos textos que hoy serían estimadísimos para los investigadores, y me refiero a los que pudieron constituir una suerte de *Diario íntimo* escrito durante los años de su emigración en Inglaterra, según Rodríguez-Moñino (1929: 83), y que actualmente sería una de las estrellas de la base textual de una aproximación al sujeto y la identidad literaria de un escritor como él. Lamentablemente, como tanto en la ingente obra gallardina, solo contamos con la mención de su pérdida. En segundo lugar, el epistolario de Gallardo luce otra particularidad, cuya materialización ya queda en las manos de los estudiosos e investigadores. Me refiero a la intención de Gallardo de publicar buena parte de él, un caso de construcción del yo autorial realmente significativo en la época, un ejemplo de superación de la condición de *épistolier*, el que escribe cartas a un corresponsal sin pensar en otro público, para convertirse en *auteur épistolaire*, que, por el contrario, considera la eventualidad de otros receptores o, directamente, prepara el conjunto de sus escritos para su publicación (Duchêne, 1971: 177). Y esto en un registro de producción epistolar particular y personal, sin aparentemente voluntad literaria, sin que estemos en el terreno de la *literatura epistolar*, sino en el de una correspondencia *cuasi* profesional.

El testimonio de esta pretensión de Bartolomé José Gallardo se encuentra en una carta dirigida a su amigo el gaditano Joaquín Rubio Muñoz en noviembre de 1845, es decir, cuando el extremeño tiene ya sesenta y nueve años y encara el tramo final de su vida.

Repasando mis cartas —escribe— para imprimir-las veo qe las de V. son mui pocas, i esas pocas no de las más gallardas qe yo á V. tengo escritas. Si V. quisiera dar un meneón á sus papeles i ver si me encuentra alguna más! (Sainz-Rodríguez, 1986: 339)⁷

La expresión de ese deseo no pasó inadvertida al Bibliotecario de la Academia de la Historia Carlos Ramón Fort (Pérez de Guzmán, 1920: 317), cuando redactó el informe de recepción de las epístolas gallardinas que donó a la institución en 1875 el hijo de Joaquín Rubio a la muerte de su padre el año anterior. Un conjunto de cincuenta cartas escritas entre 1824 y 1852 a diferentes corresponsales, y que fueron las que publicó Sainz Rodríguez en el quinto apéndice de su libro de 1921 (Sainz Rodríguez, 1986: 311-362), que también destacó la voluntad del escritor de reunir y publicar sus cartas, igual que Moñino, años después, cuando dio a conocer nuevas epístolas inéditas de Gallardo (Rodríguez-Moñino, 1960: 5). Las que han llegado a nosotros son ejemplos impagables de la riqueza estilística (Senabre, 1975) de don Bartolomé y de su voluntad de dejar prueba de sí en las gavetas de sus amigos y corresponsales, y de recuperarlas. Algunas, como la que escribe a José de la Peña Aguayo en junio de 1830, no solo son crónicas de sus penalidades, sino que confirman esta voluntad:

Aunque A. leyó i releyó mis papeles, para delectar-los mas de espazio, se quedó allá con un legajo de *cartas*, qe tuvo en su poder mucho mas de un año, hasta qe a puras istanzias mias me las devolvió. — Por esas cartas veria el aprecio con qe pagan el mio algunas personas qe me favorezen con su amistad. Si en esas o en otras cartas de mi correspondencia ha encontrado dicho Sr. méritos para ello, porqué no me forma por ellas causa? Todo cuánta ese buen Sr. diga de mi correspondencia, es suposizion suya: en mis cartas i las de mis amigos lo mas qe se puede encontrar son rasgos de indignazion contra la barbarie qe A. i otros tales como él están gratuita, brutal y atrozmente empleando en mi martirio. (Rodríguez-Moñino, 1955: 309)

⁷ La misiva es una de las que publica Sainz Rodríguez en el quinto apéndice de su libro de 1921 provenientes de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Las cartas contienen también la autodesignación de la firma como un elemento autorial o *marca* que es especialmente significativo en quien tanto escribió, tanto leyó y, sobre todo, en quien poseyó y manejó tantos papeles manuscritos e impresos sobre los que dejó marcas de lectura (Lama, 2015), como aquel que da testimonio autógrafo de su *paso y estadía* entre letras, o simplemente hace constancia de su propiedad. El apellido «Gallardo» es la firma de la mayoría de sus cartas, en las que, como en la X a Peña Aguayo (Rodríguez Moñino, 1955: 298) se autodenomina como tal, además de firmarla así. «Gallardo» se lee en numerosos escritos del polígrafo extremeño, como si fuese una divisa, una firma que daba autenticidad y rotundidad a sus textos, fuesen estos un opúsculo o una nota al pie, como la primera de su carta ensayo *Del asonante...* dirigida a Miguel José Moreno:

Enzerrado él en el convento de la Merced en Cádiz, i yo desterrado, en Sevilla primero, i despues en Chiclana, ambos por *Liberales*, aliviabamos asi con nuestra correspondenzia literaria el peso de nuestras cadenas. D. José Miguel era entónzes Párroco (suspensio) de la iglesia rural de S. José de Cádiz; últimamente, mejorando de suerte, está de Vicario Eclesiástico en la ciudad de Medina-Sidonia.— Gallardo. (Gallardo, 1848: 99)

«G.», «B. J. Gallardo», «B.J.», «B. José» son otras marcas de sus epístolas que denotan una conciencia autorial, a veces no exenta de rasgos de humor y chanza en la firma, como en la última que dirigió al párroco de su pueblo Campanario, Diego del Rivero, pocos meses antes de morir, que transcribo íntegra como ejemplo también de tono confesional, de autobiografismo y de juego con el propio nombre y el apodo popular de la familia del bibliógrafo:

Toledo 25 marzo.

1852.

Querido Diego:

Mucho he dado en acordar-me de Raudona, i de aquellos tiempos felices, en qe los dós teníamos menos años, i muchos menos desengaños. Esto quiere dezir qe la culebra se quiere ya morder la cola. El verano pasado estuve para liar-las; pero Dios ha querido qe me ponga tan bueno, qe parece qe he dado atras un salto de diez años. Vivamos, Diego mio; i veamos siqiera en

qué para o como empieza, esto: así como así, yo puedo bien ver-lo, si Dios me conzede algun ensanche a la vida: todavía no he mudado los primeros ojos. Es verdad qe tengo ya 74 años cumplidos; pero ¿qe vale eso comparado con la eternidad? Como-qiera, yo sentiría morir-me sin ir a dar-os un abrazo.

Entre tanto, vaya una impertinenzia. Escoje-me una buena yunta de bueyes parejos, y manda-me-los con Santos o con quien mejor te parezca, a Toledo A D. Cesareo de Ariz, Tahona de la Concepcion. A el dejo dinero para pagar su importe: al mismo puedes tambien escribir por el correo. Yo marchó mañana, i no se si iré con mis huesos a dar a Valenzia del Zid.

Donde qiera soi tu afectisimo invariable

Baltolo Beato.

Memorias.

He echado una rúbrica qe haze mas de 60 años qe no echo. (Rodríguez-Moñino, 1929: 91)

Otro buen ejemplo como texto principal de autorreferencialidad es su *Aceptación de mis poderes de diputado*, dirigido al Jefe político de la Provincia de Badajoz en noviembre de 1837:

El rigor con que profeso la lei de buen repúblico en orden al servizio de mi patria, no permite que cuando ésta me llama (aunque novísima-mente la lei deja al libre alvedrío del llamado la obediencia) deje yo de acudir pronto al llamamiento haziendo de la invitazió deber...

Si mi patria en los luzidos intervalos que la tiranía la ha dejado, hubiese de veinte años á esta parte empleado antes en su servizio mi persona, sin duda alguna hubiera yo podido desempeñar mi ofizio con más satisfazió i aprovechamiento común. [...]

Bien quisiera engañar-me en mis fatídicos temores; pero mucho rezelo que las ruedas maestras del Estado, al poner-se en movimiento, salten rotas, ó se paren por no tener entre sí el justo engrane que las debe hazer andar en concertado compás á una mano.

Con efecto, yo entiendo que sobre el demasiado vuelo que sus artífizes han dado á la una, esmerándose en hazer una rueda de oro, de liga muy baja la otra, mordiendo el metal más duro sobre el blando, á poco uso es

más factible que evitable el que la rueda fuerte coma, gaste i destruya á la endeble, causando un desbarate total en el Estado.

Éstos son mis temores, fundados en las opiniones que ha labrado en mi espíritu el estudio i la contemplación: opiniones que en reivindicación de nuestros justos derechos, con los fundamentos en que estriban, espero comunicar con mis poderdantes con aquella franqueza propia de los hombres libres, i aquella seguridad que debe afianzar-me al carácter de *inviolabilidad* legal que reviste mi persona: dispuesto empero, aun cuando ésta llegue á faltar-me (como á tantos tantas vezes ha faltado) á correr siempre el riesgo de mis opiniones. Yo estoi siempre pronto á sacrificar-me en las aras de mi patria⁸.

Los últimos veinte años de la vida del autor del *Diccionario crítico-burlesco* contienen algunos testimonios de autoproyección autorial que son de especial interés por estar relacionados con su actividad política o por ser indiciarios de una contemplación de la propia vida desde la perspectiva que dan los años transcurridos y las muchas vicisitudes pasadas. Por ejemplo, en una de las piezas de su polémica a raíz de *El buscapié* de Adolfo de Castro, *Zapatazo a zapatilla...* (Gallardo, 1851), alude a su edad y a su equipaje intelectual cuando rechaza o se burla de las críticas de Lupián Zapata, y escribe desde Toledo, desde La Alberquilla:

¿O qerrá ZAPATILLA en esto dar a entender qe yo, al cabo de mis años, no las he leído?— Múchos ántes qe él naziera, me sabía yo ya de memoria las mas picantes de ellas en verso; i de las en prosa tenía acotados los pasajes mas curiosos para las Vidas de ilustres Escritores *Murzianos*, con las demas de los de España. (Gallardo, 1851: 31-32)

Son páginas, sin duda, con una motivación de invectiva y como respuesta a un texto previo; pero que contribuyen a construir una biografía de su mano con la mención de datos verificables:

⁸ La *Aceptación...* la recogió Sainz Rodríguez (1986: 215-216).

Me acuerdo qe cuando yo estudié, el siglo pasado, Física Experimental en la Universidad de Salamanca, fué mi Catedrático (aventajadísimo, como todos los Mäestros qe he logrado siempre la fortuna de tener) el Dr. D. JOSE RECACHO, Presbítero, *Médico, Capellan i Comfesor* de la Ecsz. Sra. Marquesa de Almarza: i *ainda mais*, casado ántes (viudo ya por consiguiente,) i con todos estos estados i dos hijos: uno de ellos, por zierto, D. Juan Recacho, el Superintendente qe fué del Ramo de Seguridad-pública, i condiszípulo mio en Filosofía bajo la enseñanza del doctísimo Mäestro MARTEL. (Gallardo, 1851: 41)

Termino con la expresión del deseo de continuación de un recuento, cada vez más nutrido y más exhaustivo, de aquellos trozos entresacados de una obra inmensa que ayuden a la construcción de una de las imágenes autoriales más apasionantes y valiosas de la historia intelectual española desde el siglo XVIII. Este Gallardo más desde dentro, más soterrado, de la letra pequeña de una escritura atornadora de polemista, quizá tenga la justificación de quien fue perseguido desde casi sus primeros pasos en la literatura, en la erudición, en la crítica, y se instaló en una refutación y defensa permanentes, en un modo de exculpación que le llevó a reafirmarse con sentidos trazos de su autorretrato. Su coraza fueron los libros, que atesoró y estudió, pero que también le sirvieron para rebatir y testificarse —y testificarse—, y sentirse autor.

OBRAS CITADAS

- ALBORG, Juan Luis, *Historia de la literatura española* [IV]. *El romanticismo*, Madrid, Gredos, 1982.
- ARTIGAS, Miguel, «Una colección de cartas de Gallardo», *Boletín de la Real Academia Española*, 15, 1928, págs. 636-650.
- CAÑETE, Manuel, *Carta al Sr. D. José María Asensio y Toledo, sobre sus opúsculos relativos al pintor Francisco Pacheco y al dramático Sebastián de Horozco*, Madrid, Imprenta de Tejado, 1868.
- DUCHÊNE, Roger, «Réalité vécue et réussite littéraire: le statut particulier de la lettre», *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, 71.2, 1971, págs. 177-194.
- GALLARDO, Bartolomé José, *Cartazo al Censor General por el autor del Diccionario Critico-Burlesco, Con motivo de la abortiza impugnación al Diccionario, anunciada por las esquinas en son de excomunion*, Cádiz, Imprenta del Estado-Mayor, 1812.
- , *El Criticón, papel volante de Literatura y Bellas-artes*, Madrid, Imprenta de I. Sancha, 1835.
- , *Del asonante, su naturaleza, y esquisito mecanismo; misterio ritmico, no penetrado por nadie, hasta que lo descubrió el Autor de la siguiente carta*, en *Antología Española. Revista de Ciencias, Literatura, Bellas Artes y Crítica de El Siglo*, Madrid, Imprenta de El Siglo, núm. 3, 1848, págs. 99-111.
- , *Zapatazo a Zapatilla, i a su falso Buscapié un puntillazo*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Burgos, 1851.
- , *Obras escogidas*, ed. de Pedro Sainz Rodríguez. Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1928.

- , *Diccionario crítico-burlesco del que se titula Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España*, ed. de Alberto Romero Ferrer y Daniel Muñoz Sempere, Gijón, Trea, 2021.
- GARCÍA GARCÍA, Jesús María, «El Soplón del Diarista de Salamanca», *Salamanca. Revista Provincial de Estudios*, 27-28, 1991, págs. 147-165.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, David, Reseña de «Agustín de la Granja, *Índice onomástico del Ensayo de una biblioteca española de B. José Gallardo*, Anejos de *Analecta Malacitana*, 2009, 356 págs.», *Analecta Malacitana*, 31, 2008, pp. 757-759.
- GONZÁLEZ TROYANO, Alberto, «Diversidad y ruptura en las aficiones literarias de Bartolomé José Gallardo», en *La razón polémica. Estudios sobre Bartolomé José Gallardo*, coord. de Beatriz Sánchez Hita y Daniel Muñoz Sempere, Biblioteca de las Cortes de Cádiz, 3, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura. Ayuntamiento de Cádiz, 2004, págs. 19-31.
- LAMA, Miguel Ángel, «Bartolomé José Gallardo y la *Colección de Cortes de los Reinos de León y de Castilla (1836)*», *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, 23, 2015, págs. 183-212.
- MUÑOZ SEMPERE, Daniel, «Una apología de la sátira: estudio y edición del *Memorial en Defensa de las Poesías Póstumas de Don José Iglesias de la Casa*» en *La razón polémica. Estudios sobre Bartolomé José Gallardo*, coord. de Beatriz Sánchez Hita y Daniel Muñoz Sempere, Biblioteca de las Cortes de Cádiz, 3, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura. Ayuntamiento de Cádiz, 2004, págs. 141-209.
- PÉREZ DE GUZMÁN, Juan, «Cartas familiares de don Bartolomé José Gallardo», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 77, 1920, págs. 312-319. Incluye el «Informe de D. Carlos Ramón Fort» sobre las cartas de la Real Academia de la Historia.
- PÉREZ VIDAL, Alejandro, *Bartolomé J. Gallardo. Sátira, pensamiento y política*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999.

- PÉREZ VIDAL, Alejandro, *Bartolomé José Gallardo. Perfil literario y biográfico*, Cuadernos Populares, 60, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2001.
- , «Gallardo y Blanco, Bartolomé José», en *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, vol. XXI (Furnó i Abad-García López), 2009, págs. 168a-171b.
- RAMÍREZ DE LAS CASAS-DEZA, Luis María, «D. Bartolomé José Gallardo», *Semanario Pintoresco Español*, núm. 21, 22 de mayo de 1853, págs. 162b-164b; núm. 22, 29 de mayo de 1853, págs. 170a-172b y núm. 23, 5 de junio de 1853, págs. 177a-180a.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, Antonio, «Tres cartas inéditas de D. Bartolomé J. Gallardo (1849-1852)», *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, 3, 1929, págs. 83-91.
- , *Don Bartolomé José Gallardo (1776-1852). Estudio bibliográfico*, Madrid, «Sancha», 1955. Edición facsimilar, Badajoz, Unión de Bibliófilos Extremeños, 1994.
- , «Correspondencia inédita de D. Bartolomé José Gallardo (1824-1851)», *Revista de Estudios Extremeños*, 16.1, 1960, págs. 5-60.
- , *Historia de una infamia bibliográfica. La de San Antonio de 1823. Realidad y leyenda de lo sucedido con los libros y papeles de don Bartolomé José Gallardo. Estudio bibliográfico*, Madrid, Castalia, 1965.
- ROMERO FERRER, Alberto y Yolanda VALLEJO MÁRQUEZ, «Un testamento traicionado de Gallardo: las *Cartas dirigidas desde el otro mundo a Don Bartolo Gallardete de Lupianejo Zapatilla* (estudio y edición)», en *La razón polémica. Estudios sobre Bartolomé José Gallardo*, coord. de Beatriz Sánchez Hita y Daniel Muñoz Sempere, Biblioteca de las Cortes de Cádiz, 3, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura. Ayuntamiento de Cádiz, 2004, págs. 287-334.
- ROMERO FERRER, Alberto y Daniel MUÑOZ SEMPERE, «Estudio preliminar» a su edición de Gallardo (2021), págs. 13-79.

- ROZAS, Juan Manuel, *Los períodos de la bibliografía literaria española. Ejemplificados con los bibliógrafos extremeños*, Trabajos del Departamento de Literatura, 4, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1983.
- RUBIO HERNÁNDEZ, Olimpia, «La lengua de Bartolomé José Gallardo», en *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, (Cáceres, 30 de marzo-4 de abril de 1987), coord. de Manuel Ariza, Antonio Salvador y Antonio Viudas, Madrid, Arco Libros, 1988, vol. II, págs. 1345-1354.
- SÁNCHEZ HITTA, Beatriz y Daniel MUÑOZ SEMPERE, coords., *La razón polémica. Estudios sobre Bartolomé José Gallardo*, Biblioteca de las Cortes de Cádiz, 3, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura. Ayuntamiento de Cádiz, 2004.
- SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, «Introducción» a Bartolomé José Gallardo, *Obras escogidas*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, tomo I, 1928, págs. VI-XXXVI.
- , *Bartolomé J. Gallardo y la crítica de su tiempo*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986. Reedición de Pedro Sáinz Rodríguez, *Bartolomé J. Gallardo y la crítica literaria de su tiempo. Extrait de la 'Revue Hispanique'*, tome LI, Paris, 1921.
- SENABRE, Ricardo, «Notas sobre el estilo de Bartolomé José Gallardo», *Revista de Estudios Extremeños*, 31, 2 (mayo-agosto, 1975), págs. 333-345. Reed. en Ricardo Senabre, *Escritores de Extremadura*, Col. Rodríguez-Moñino, 8, Badajoz, Departamento de Publicaciones de la Diputación Provincial de Badajoz, págs. 109-126.
- ULLOA Y PEREIRA, Luis, *Versos que escribió D. Luis de Ulloa Pereira, sacados de algunos de sus borradores, dirigidos a la alteza del señor Don Juan de Austria*, Madrid, Diego Díaz, 1659.
- VEGA, María José, «Auctor damnatus. Del libro reprobado al autor prohibido (1557-1613)», *Bulletin Hispanique*, 121, 2 (*Representaciones de autor (XV-XIX). Retratos, biografías, polémicas*, dir. Pedro Ruiz Pérez), 2019, págs. 519-537.